

“Mujeres rurales en Artigas: estrategias productivas, organización familiar y cuidados en el medio rural”

"Rural Women in Artigas: Productive Strategies, Family Organization and Care in the Rural Environment"

Autor(es) Rosmari Negrin- Silvana Maubrigades

Filiação: Universidad de la República

E-mail: rosmarinegrin@gmail.com- silvana.maubrigades@cienciassociales.edu.uy

Grupo de Trabalho (GT 5): Agricultura familiar e relações de gênero no meio rural

Resumo

Artigas es el departamento más desigual del interior de Uruguay, lo que genera desafíos particulares para la vida en el medio rural, especialmente para las mujeres productoras. A partir de una perspectiva cualitativa, feminista y territorial, este estudio analiza las estrategias productivas, la organización familiar y el trabajo de cuidados de mujeres rurales de distintas localidades del departamento. Mediante entrevistas semiestructuradas, se explora cómo las mujeres articulan su participación en la producción agropecuaria con las responsabilidades domésticas y de cuidado, en un contexto de acceso desigual a recursos, sobrecarga de trabajo y falta de servicios. Los resultados revelan no sólo las condiciones de desigualdad que enfrentan, sino también sus estrategias de permanencia, organización y resistencia en un medio rural en transformación.

Palavras-chave: Mujer Rural- Territorio-Cuidados- desigualdades de género

Abstract

Artigas is the most unequal department in Uruguay's interior, posing specific challenges for rural life—particularly for women producers. From a qualitative, feminist, and territorial perspective, this study analyzes the productive strategies, family organization, and care work of rural women across different localities in the department. Through semi-structured interviews, it explores how women articulate their involvement in agricultural production with domestic and caregiving responsibilities, within a context of unequal access to resources, work overload, and lack of services. The findings reveal not only the structural inequalities they face, but also their strategies of persistence, organization, and resistance in a rural environment undergoing transformation.

Key words: Rural Women- Territory-Care- gender inequalities

1. Introducción

El presente trabajo se propone analizar las experiencias productivas, organizativas y de cuidado de mujeres rurales en el departamento de Artigas, en el norte de Uruguay. Este territorio, marcado por fuertes desigualdades socioeconómicas, presenta desafíos particulares para la vida en el medio rural, especialmente en lo que refiere a la sostenibilidad de las producciones familiares y a la permanencia de las mujeres en el campo.

Desde un enfoque cualitativo, feminista y territorial, se indaga en las condiciones concretas que enfrentan las mujeres rurales para sostener su vida y su trabajo en contextos de alta vulnerabilidad, desigual acceso a recursos productivos, y escaso reconocimiento institucional. A través de entrevistas semiestructuradas realizadas a mujeres de distintas localidades del departamento, el estudio busca comprender las barreras estructurales que las atraviesan y las estrategias que desarrollan para permanecer en el territorio, sostener los cuidados, organizarse colectivamente y garantizar su autonomía económica.

El análisis parte de la convicción de que las desigualdades de género en el medio rural no son residuales ni secundarias, sino estructurales, y se expresan tanto en la distribución desigual de los recursos y las oportunidades como en la organización del tiempo, del trabajo y del cuidado. La investigación se inscribe en una tradición crítica que problematiza la división sexual del trabajo, la invisibilización del aporte femenino a la producción y la concentración del trabajo reproductivo en las mujeres. En este marco, se toma como referencia una matriz de dimensiones analíticas que articula lo productivo, lo organizativo, lo familiar y lo comunitario.

Estas dimensiones se derivan del marco teórico trabajado y se desplegarán a lo largo del análisis empírico: la organización del trabajo productivo y los roles en la unidad familiar; los desafíos y oportunidades de vivir en el medio rural; las estrategias de inserción en mercados y redes de comercialización; el acceso a servicios y políticas de apoyo; la distribución del trabajo de cuidados y las redes de apoyo; y las percepciones sobre la integración familiar y comunitaria. El trabajo se propone contribuir a la construcción de conocimiento situado sobre la vida de las mujeres rurales y aportar elementos para la formulación de políticas públicas con enfoque de género y territorial.

2. Consideraciones teóricas

El análisis de la situación de las mujeres rurales en Artigas requiere una aproximación integral que vincule la perspectiva de género con las estructuras productivas, las relaciones de cuidado, la organización social y las condiciones estructurales del medio rural. La literatura académica ha documentado ampliamente que la división sexual del trabajo, la feminización de la pobreza y la economía del cuidado son ejes fundamentales para comprender las desigualdades persistentes en los territorios rurales. Autoras como Benería et al (2016), Esquivel (2011), Carrasco (2003) y Pérez Orozco (2014, 2015) han mostrado cómo la organización social del trabajo y del cuidado relega a las mujeres a posiciones subordinadas, invisibiliza sus aportes a la economía y restringe su autonomía. Estas desigualdades se profundizan en contextos rurales, donde el acceso a servicios,

recursos productivos y redes institucionales es aún más limitado, y donde persisten patrones culturales que refuerzan la segmentación de roles por género.

Desde una perspectiva más macroeconómica e histórica, autoras como Stephanie Seguino (2000) y Claudia Goldin (1990; 2006) han demostrado que el aumento en la participación laboral femenina no necesariamente implica una mejora en la equidad de género, especialmente si no se transforman las estructuras que sostienen la división sexual del trabajo. Seguino sostiene que los modelos de crecimiento basados en la incorporación de mano de obra femenina tienden a reforzar la segmentación ocupacional y la precarización, sin cuestionar la distribución desigual del poder en los hogares ni la sobrecarga de cuidados. Por su parte, Goldin ha mostrado cómo, incluso en contextos de avance educativo y formalización laboral, la penalización por maternidad y la persistencia de normas culturales de género siguen restringiendo las trayectorias laborales de las mujeres.

En el medio rural, estas tensiones se agravan por la falta de servicios, el aislamiento y la rigidez de los roles familiares, configurando un escenario donde las mujeres trabajan más pero no necesariamente en mejores condiciones ni con mayor autonomía. En primer lugar, la división sexual del trabajo en el medio rural ha generado una segmentación del empleo y de los roles productivos que coloca a las mujeres en posiciones de desventaja. Aunque la participación femenina en la producción agropecuaria es sustancial, su trabajo ha sido sistemáticamente invisibilizado y subvalorado. Estudios como los de Chiappe (2001, 2005, 2006, 2008, 2020) y Vitelli (2003) muestran que, aunque las mujeres contribuyen significativamente al mantenimiento de las unidades productivas familiares, su trabajo no es reconocido en los registros oficiales ni en las políticas de desarrollo rural. Esto responde a una concepción tradicional que asocia la producción con la esfera masculina y el trabajo de cuidados con la esfera femenina, reforzando una brecha estructural que limita su autonomía económica.

La falta de acceso a recursos productivos es otro factor clave en la persistencia de estas desigualdades, lo que restringe su capacidad de generar ingresos propios y las subordina a estructuras de dependencia dentro del hogar y la comunidad. Deere y León (2001) han analizado este fenómeno en América Latina, mostrando que, a pesar de algunas reformas agrarias y avances legislativos, la distribución de la tierra sigue profundamente marcada por desigualdades de género. La dificultad para acceder a crédito y asistencia técnica refuerza esta exclusión, obligando a las mujeres a recurrir a estrategias informales para sostener sus unidades productivas.

En este contexto, el trabajo de cuidados en el medio rural adquiere un rol central en la reproducción de las desigualdades de género. Como lo documenta Mascheroni (2021), las políticas públicas de cuidado en Uruguay han estado diseñadas fundamentalmente para contextos urbanos, dejando a las mujeres rurales sin acceso a servicios que les permitan compatibilizar su vida productiva con las responsabilidades domésticas. La sobrecarga de cuidados no sólo limita la participación económica de las mujeres, sino que también restringe sus posibilidades de educación, capacitación y participación en espacios organizativos. Esquivel (2011) ha analizado este fenómeno en América Latina, mostrando que la falta de corresponsabilidad en el hogar y el escaso desarrollo de infraestructura social refuerzan la feminización de la pobreza y perpetúan la subordinación de las mujeres en el ámbito rural.

En esta línea, autoras como Cristina Carrasco (2003) y Amaia Pérez Orozco (2014, 2015) proponen una mirada crítica sobre la organización social del cuidado y la sostenibilidad de la vida, señalando que los sistemas económicos y políticos actuales descansan sobre una estructura invisible de cuidados feminizados, no remunerados y sostenidos por los hogares. Esta lógica se agudiza en contextos rurales, donde el acceso a servicios públicos es más limitado y las redes institucionales de apoyo casi inexistentes. Pensar en el desarrollo rural desde una perspectiva de género requiere, entonces, incorporar el cuidado como una dimensión central, no como una externalidad. Tal como plantea Pérez Orozco, la sostenibilidad de la vida debe convertirse en el eje del análisis económico y político, descentrando el foco de la rentabilidad hacia la reproducción social.

Sin embargo, frente a estas estructuras de desigualdad, las mujeres rurales han desarrollado estrategias colectivas para generar cambios en sus condiciones de vida (Maubrigades et al., 2024). La participación en organizaciones productivas y redes de mujeres rurales ha sido una herramienta clave para la autonomía económica y social. Chiappe (2006) documenta el caso de la Asociación de Mujeres Rurales del Uruguay (AMRU), una organización que ha permitido a las mujeres acceder a capacitación, recursos productivos y espacios de incidencia política. De manera similar, Camors (2023) analiza el papel de las burocracias locales en la facilitación o bloqueo de estas iniciativas, mostrando que el reconocimiento institucional de las organizaciones de mujeres es un factor determinante para su sostenibilidad y efectividad.

Asimismo, es importante problematizar la ruralidad no como un espacio homogéneo y neutral, sino como un territorio atravesado por relaciones de poder, disputas simbólicas y procesos de exclusión. Autoras como Pini, Brandt y Little (2014) y Gago (2019) han insistido en que el campo no puede pensarse por fuera de las relaciones sociales que lo configuran y que las mujeres rurales ocupan un lugar clave en la defensa y reproducción de esos territorios. Desde este enfoque, el arraigo y la decisión de “quedarse en el campo” no es una postura pasiva, sino una acción política que interpela al modelo de desarrollo vigente. Las experiencias de las mujeres rurales no sólo revelan desigualdades, sino que también proponen otros modos de habitar, producir y cuidar que deben ser reconocidos y fortalecidos.

Finalmente, es fundamental considerar los desafíos estructurales que afectan la vida de las mujeres rurales y que limitan su autonomía. Linardelli (2020) analiza la migración de las mujeres del agro y su impacto en la sostenibilidad de las unidades productivas, mostrando que la falta de oportunidades laborales y de acceso a servicios esenciales, como salud, educación y transporte, obliga a muchas mujeres a abandonar el medio rural en busca de mejores condiciones de vida. Desde una perspectiva regional, Giarracca (2004) y Teubal (2001) han demostrado que las políticas neoliberales han transformado la ruralidad en América Latina, generando un proceso de exclusión estructural que afecta desproporcionadamente a las mujeres.

3. Consideraciones metodológicas

El presente trabajo se inscribe en un enfoque cualitativo, con perspectiva feminista y territorial, orientado a comprender las experiencias de las mujeres rurales en el departamento de Artigas desde su propia voz. Se utilizó como técnica principal la

entrevista semiestructurada, lo que permitió explorar tanto los aspectos predefinidos por la investigación como aquellos que emergieron durante el diálogo con las entrevistadas.

Se propusieron un total de 15 entrevistas, considerando como criterio de cierre el punto de saturación teórica, es decir, el momento en que los relatos comenzaron a reiterar patrones interpretativos sin incorporar elementos sustancialmente nuevos. La muestra fue construida de forma intencional y orientada por criterios de diversidad: se buscó reflejar distintas zonas del territorio departamental, así como distintas trayectorias de vida, edades, rubros productivos y grados de participación en organizaciones de mujeres rurales. También se priorizó incluir mujeres que tuvieran personas a su cargo, con el objetivo de visibilizar las condiciones concretas del trabajo de cuidados en contextos rurales.

Las entrevistas fueron grabadas, transcritas y analizadas mediante una lectura interpretativa, basada en una matriz de dimensiones que recoge los principales ejes de análisis planteados en la introducción del trabajo, en diálogo con el marco teórico. Esta estrategia permitió organizar la información desde una lógica analítica clara, sin perder de vista la complejidad y singularidad de cada experiencia relatada.

Se garantizó el consentimiento informado de todas las entrevistadas, así como el respeto a su privacidad. En aquellos casos en que se incluyen citas textuales, se han preservado los nombres reales sólo cuando así lo autorizaron expresamente; en los demás, se utilizaron seudónimos o referencias genéricas.

El trabajo de campo constituye una aproximación situada a una realidad compleja, que no pretende representar estadísticamente al conjunto de las mujeres rurales del país, ni las del departamento de Artigas en su totalidad, pero sí aportar claves para su comprensión en profundidad, desde una perspectiva sensible al contexto y a las voces de las protagonistas.

4. Trayectorias rurales en clave de género: análisis de experiencias situadas

Entre los hallazgos más importantes del trabajo de campo se destacan una serie de aspectos que, si bien se presentan aquí en diálogo con distintas dimensiones analíticas, aparecen fuertemente entrelazados en la experiencia concreta de las mujeres entrevistadas.

a. Sostener la producción en condiciones adversas: trabajo, decisiones y clima

Las mujeres entrevistadas desarrollan múltiples estrategias para sostener sus unidades productivas en contextos marcados por el aislamiento, la inestabilidad climática y las restricciones de acceso a recursos. En la mayoría de los casos, la ganadería —tanto ovina como vacuna— constituye el eje principal del trabajo, aunque también aparecen experiencias de diversificación hacia la horticultura, la producción de autoconsumo y otras actividades complementarias, como la elaboración de productos artesanales. Este abanico de actividades responde tanto a las características del predio como a las trayectorias y saberes de las mujeres.

La participación en las decisiones productivas no es homogénea. Algunas mujeres asumen un rol activo en la gestión de sus predios, participan en la planificación, realizan

trámites, manejan registros, definen estrategias de comercialización e incluso operan maquinaria. Otras, en cambio, señalan que su rol es más bien de apoyo, sin poder efectivo sobre los recursos o las decisiones clave. Una de las entrevistadas lo expresa con claridad: “yo acompaño no más, las decisiones las toma mi esposo”. En contraste, otra de ellas destaca cómo su rol fue transformándose con el tiempo: “antes era como un apoyo... ahora me encargo de cosas, gestiono, llevo el control de los gastos”. Estas diferencias están estrechamente vinculadas a la estructura familiar, al grado de participación en espacios organizativos y al reconocimiento simbólico que las mujeres logran construir en sus comunidades.

Un elemento transversal en los relatos es el impacto de la sequía ocurrida en el año 2023-2024 y que aún hoy se sostiene. Más allá de las diferencias entre rubros y escalas de producción, todas las entrevistadas identifican a la sequía como una amenaza estructural que afecta directamente la sostenibilidad de sus emprendimientos. Las pérdidas en la horticultura, el aumento de los costos para alimentar al ganado, la necesidad de endeudarse para comprar fardos o perforar pozos, y la reducción del margen de maniobra productiva son algunas de las consecuencias más frecuentes. Una de las mujeres consultadas resume el impacto de forma elocuente: “la sequía me enseñó a no sobrecargar el campo”. La crisis climática no sólo tensiona las economías familiares, sino que también redefine las prácticas productivas, obliga a repensar el manejo de los recursos y potencia la capacidad de adaptación de las mujeres. Muchas de ellas, a pesar de las dificultades, desarrollan respuestas creativas, reorganizan sus tareas, priorizan cultivos más resistentes o fortalecen vínculos con otras productoras para sortear los desafíos.

Este escenario de vulnerabilidad, lejos de paralizarlas, refuerza su protagonismo como actoras clave en la sustentabilidad de las economías rurales. La producción, para estas mujeres, es más que una fuente de ingresos, es una dimensión fundamental de su identidad, su arraigo y su proyecto de vida.

b. Entre el trabajo y los vínculos familiares: organización doméstica y trayectorias

Las trayectorias familiares de las mujeres entrevistadas se entrelazan con sus recorridos productivos y con los modos en que se organiza el trabajo en los predios. La composición de los hogares es diversa y cambiante: algunas mujeres viven en pareja, otras están solas o a cargo de hijos/as, nietos/as, adultos mayores o personas con discapacidad. La convivencia entre generaciones es frecuente, así como las responsabilidades extendidas que superan las fronteras del núcleo familiar. Esta configuración influye de forma directa en la disponibilidad de tiempo, en la posibilidad de tomar decisiones autónomas y en la carga emocional que cada mujer enfrenta.

La organización del trabajo cotidiano se distribuye según múltiples factores: género, edad, capacidades físicas, etapa del ciclo de vida y acceso a recursos. En muchos hogares, el trabajo productivo y reproductivo se entrelaza, sin una división clara entre lo que se considera “trabajo” y lo que se concibe como parte de la vida familiar. Las mujeres realizan tareas agrícolas, cuidan animales, gestionan compras, participan en ferias, conducen tractores, llevan registros contables y, al mismo tiempo, se ocupan de la alimentación, la limpieza, los traslados y el bienestar de sus familias.

En los casos donde la organización familiar es más equitativa, las mujeres tienden a tener un mayor margen de decisión sobre los aspectos productivos y sobre su participación en espacios comunitarios. Una de ellas, por ejemplo, describe un esquema de trabajo compartido con su pareja: realizan juntos las tareas del campo, se reparten la gestión administrativa y definen colectivamente qué producir, cuándo vender y cómo organizarse ante imprevistos. En cambio, en otros relatos persisten modelos más tradicionales, donde las mujeres son “las que ayudan”, pero sin voz ni voto sobre las decisiones clave.

La participación activa en grupos y redes organizativas aparece, en muchos casos, como un punto de inflexión. En ese sentido una de las consultadas señala cómo su involucramiento en el grupo de mujeres rurales modificó su rol en la familia: “con los años y también a raíz de la participación en el grupo, esto ha ido cambiando... ahora me tienen más en cuenta”. Esta transformación no siempre es lineal ni exenta de tensiones, pero muestra que la autonomía en lo productivo muchas veces se construye desde lo relacional, en la negociación cotidiana con otros miembros del hogar.

Por otra parte, la presencia de personas a cargo dentro del hogar incide de manera directa en las posibilidades de las mujeres para sostenerse económicamente y participar activamente en el predio o en instancias colectivas. Otra de ellas, que vive con sus cinco hijos, su pareja y su hermano con discapacidad, expresa que el tiempo nunca alcanza y que “hay que estar bien siempre, porque no se puede bajar los brazos”. Esta exigencia emocional y física constante configura un escenario donde la producción se sostiene a costa del esfuerzo ininterrumpido y muchas veces invisible de las mujeres.

En suma, los vínculos familiares no son un contexto pasivo, sino una trama viva de responsabilidades, afectos, decisiones y tensiones que estructuran la vida productiva de las mujeres rurales. El hogar no es sólo un espacio de reproducción social, sino también un territorio de disputa simbólica, de construcción de legitimidad y de posibilidad —o no— de ejercer autonomía.

c. El tiempo que falta: cuidados, cargas invisibles y desigualdades persistentes

El trabajo de cuidados emerge en todos los relatos como una dimensión central —y a la vez invisibilizada— de la vida cotidiana de las mujeres rurales. Más allá de las diferencias en la configuración de los hogares, las edades o los niveles de autonomía económica, persiste una constante: la responsabilidad principal del cuidado recae sobre ellas. Aun cuando algunas mencionan que “reciben ayuda” de sus parejas, hijas/os u otros miembros de la familia, el discurso predominante naturaliza que “es una cosa que tenemos que hacer, porque sí, porque así es”.

Esta naturalización, por un lado, reproduce la desigual distribución del tiempo y la energía, y por otro lado, limita activamente las posibilidades de formación, participación organizativa y generación de ingresos propios. El cuidado aparece como una dimensión no negociada del día a día, que se impone por sobre otras necesidades o deseos. La jornada de trabajo, para muchas, no termina nunca: después del ordeño o la feria, comienza la cocina, la atención a un adulto mayor, el seguimiento escolar de los hijos o el cuidado de nietos y personas con discapacidad.

Las historias de varias de las entrevistadas revelan el carácter estructural de esta carga. Una de ellas convive con sus cinco hijos, su pareja su hermano con discapacidad severa. Describe esa cotidianeidad como una exigencia que no da tregua: “una responsabilidad más que te exige estar bien siempre, porque no podés bajar los brazos”. Este tipo de situaciones, lejos de ser excepcionales, representan una realidad frecuente para muchas mujeres rurales, especialmente en contextos de fuerte migración de las generaciones más jóvenes o de ausencia de políticas públicas territoriales de cuidado.

Del análisis de los testimonios se desprende una relación directa entre el tipo de carga de cuidados que enfrentan las mujeres y su nivel de autonomía en lo económico y lo organizativo. Aquellas con mayor participación en redes, con más poder de decisión en los predios o con vínculos colaborativos dentro de la familia, tienden a desarrollar formas más críticas y reflexivas de abordar el cuidado. En esos casos, si bien no se elimina la sobrecarga, sí se construyen otras formas de compartirla y se generan márgenes de negociación más amplios.

En contraste, las mujeres que no participan activamente en organizaciones, o que tienen escasa incidencia en las decisiones familiares, son también quienes soportan las mayores cargas de cuidado. Se encargan del bienestar de hijos/as, nietos/as, padres, suegros/as, y lo hacen muchas veces en soledad o sin reconocimiento alguno. La lógica del “sacrificio silencioso” sigue siendo un mandato fuertemente arraigado.

Todas las entrevistadas coinciden en que el trabajo de cuidados sigue sin ser valorado en sus comunidades. Esta desvalorización, que no es sólo simbólica, tiene efectos concretos sobre la autonomía, el acceso a derechos y la sostenibilidad de la vida. La falta de políticas públicas que reconozcan, redistribuyan y sostengan el cuidado —como centros de atención descentralizados, servicios de salud mental, traslados accesibles o apoyos específicos para hogares con personas a cargo— refuerza una inequidad histórica que las mujeres rurales viven en carne propia.

Los cuidados, en este contexto, no son un complemento ni una dimensión privada, son una parte estructural del sistema productivo y de la reproducción social del campo. Visibilizarlos es el primer paso para transformar las condiciones que hoy siguen marcando los límites de lo posible para miles de mujeres.

d. Vivir lejos: desafíos estructurales del medio rural

Las condiciones materiales del medio rural —su infraestructura, sus servicios, su lejanía física y simbólica del Estado— son un componente clave en la configuración de las experiencias de vida de las mujeres entrevistadas. Vivir lejos va más allá de la distancia geográfica, es también habitar una desigualdad estructural que se manifiesta en la falta de acceso a salud, educación, transporte, financiamiento, conectividad y políticas públicas adaptadas al territorio.

Las mujeres describen una realidad en la que todo cuesta más: moverse, informarse, atenderse, estudiar, vender, comprar, cuidar. Las carencias estructurales no se viven como algo aislado, sino como una trama cotidiana que condiciona decisiones, agota energías y en muchos casos, limita los proyectos de vida. “No vas a adivinar qué día te vas a enfermar para sacar número con el médico”, expresó una entrevistada, al relatar que el

médico visita su zona apenas una vez cada quince días, mientras que la atención de salud mental directamente no está disponible.

La salud, de hecho, aparece como uno de los déficits más sensibles. La mayoría de las mujeres mencionan la falta de atención continua, la escasez de personal, la imposibilidad de atenderse sin trasladarse a la capital departamental y la ausencia de respuestas para situaciones que van más allá de lo físico. En particular, la salud emocional y el agotamiento por la sobrecarga no encuentran espacio en los dispositivos institucionales disponibles.

Otro aspecto crítico es la conectividad, tanto vial como digital. En zonas como Yacaré o Colonia Palma, las lluvias convierten los caminos en intransitables, dejando a familias enteras aisladas durante días. La conectividad por celular o internet es intermitente y muchas veces depende de antenas argentinas, lo que genera cortes, interferencias o directamente la imposibilidad de comunicarse. Esta situación afecta el acceso a servicios y también impacta directamente en la posibilidad de participar en capacitaciones virtuales, comercializar productos o hacer trámites en línea.

Frente a este panorama, la presencia del Estado se percibe como esporádica, poco territorializada y escasamente sensible a las condiciones de vida reales del medio rural. Las políticas públicas llegan, pero muchas veces no lo hacen en tiempo y forma, ni con criterios que contemplen la especificidad de las familias rurales. Las capacitaciones no consideran quién cuida a los hijos/as mientras tanto, las policlínicas abren en horarios incompatibles con la jornada productiva, los traslados no están garantizados para quienes quieren estudiar o atenderse y los apoyos a la producción se concentran en quienes ya están organizados o tienen más capital técnico.

No obstante, algunas mujeres reconocen avances parciales. Se valoran mejoras recientes en caminería, la construcción de infraestructuras educativas o el acceso a programas de vivienda como los impulsados por MEVIR. También se menciona positivamente la presencia de algunos técnicos del SUL o de la Intendencia cuando hay continuidad y vínculo con el territorio. Sin embargo, el sentimiento predominante es que estos avances no son suficientes para revertir las condiciones estructurales de exclusión, y que las políticas deben pensarse desde el territorio, con las mujeres rurales como protagonistas y no sólo como beneficiarias.

Vivir en el campo implica una relación cotidiana con el obstáculo. Pero lo que expresan las entrevistadas no es una queja pasiva: es una demanda por dignidad, por equidad territorial, por políticas que reconozcan que la ruralidad no es un “afuera” de la ciudadanía, sino un modo de vida que requiere garantías, respeto y presencia sostenida del Estado.

e. Abrirse paso: mercados, estrategias de venta y acompañamiento técnico

La inserción en los mercados es una dimensión central para la sostenibilidad de las producciones rurales, pero también una de las más desiguales. Mientras algunas mujeres han logrado consolidar estrategias de venta estables y acceder a canales formales, muchas otras dependen de mecanismos informales o directamente carecen de opciones para comercializar su producción.

En el primer caso, experiencias como las identificadas en las entrevistas, muestran cómo la articulación con instituciones y el acceso a formación técnica han permitido proyectar

su actividad con mayor seguridad. Carla vende semanalmente a la Central Hortícola de Salto, con precios regulados, y valora especialmente haber podido formalizar su emprendimiento mediante el monotributo: “trabajar con conocimiento en mano es trabajar de otra manera”. Este proceso le permitió no sólo acceder a nuevos mercados, sino también vincularse con CAIF, comedores, ferias y redes de abastecimiento que le dan estabilidad.

Sin embargo, estas oportunidades no están al alcance de todas. Varias entrevistadas relatan que, pese a producir con esfuerzo, no tienen cómo o dónde vender. La falta de transporte propio, la distancia a los centros urbanos, la escasa escala de producción o la ausencia de intermediarios confiables restringen severamente la posibilidad de comercializar. En zonas más aisladas o en predios donde no hay excedente constante, las mujeres venden “cuando pueden, como pueden y a quien pueden”. La informalidad se convierte así en la única salida, con precios desventajosos y sin garantías mínimas.

La presencia de técnicos y técnicas agrónomas —cuando es continua y territorial— aparece como un factor decisivo para mejorar las condiciones de comercialización. En varios testimonios se destaca la importancia de contar con asesoramiento para la planificación productiva, la gestión de habilitaciones, el acceso a ferias o la conexión con redes institucionales. Sin embargo, esta presencia no siempre está garantizada y muchas mujeres señalan que los técnicos disponibles no siempre están capacitados para acompañar procesos de producción diversificados, como la horticultura. A esto se suma la dificultad de acceder a insumos de calidad y de gestionar financiamiento en condiciones viables.

En algunos casos, las redes de mujeres rurales han sido claves para crear canales de venta más justos, como ferias autogestionadas, grupos de compras colectivas o acuerdos con organizaciones sociales. Estos espacios les han facilitado el acceso a los mercados, permitiendo negociar mejores precios, compartir saberes y generar nuevas oportunidades de articulación. Como lo expresaron varias entrevistadas, participar de estos circuitos alternativos significa “poder salir del fondo del predio y mostrar lo que una hace”.

La comercialización va más allá de un aspecto económico. Es también una dimensión profundamente ligada a la autonomía, al reconocimiento y a la autoestima de las mujeres rurales. Tener a quién venderle, saber cuánto vale lo que producen, poder proyectar el trabajo más allá del día a día: todo eso transforma el ingreso material o económico, en una manera también de que las mujeres se posicionen frente a la producción, frente a sus familias y frente a sí mismas.

f. Solas y acompañadas: redes, grupos y comunidad

La participación en organizaciones, grupos de mujeres rurales, ferias o redes de desarrollo aparece en los relatos como una experiencia profundamente transformadora. No todas las mujeres entrevistadas participan del mismo modo ni con la misma intensidad, pero hay un consenso claro: estos espacios han sido clave para romper con el aislamiento, acceder a formación, compartir problemas comunes y construir nuevas posibilidades.

Algunas mujeres asumen roles de liderazgo y han sido impulsoras de grupos en sus localidades. Otras participan de manera más intermitente, por WhatsApp o asistiendo a actividades cuando el tiempo lo permite. Pero incluso quienes tienen una participación más limitada valoran la existencia de esos espacios como un sostén: “saber que hay otras mujeres pasando por lo mismo que una ya es un alivio”, expresó una entrevistada. Los grupos son percibidos como lugares de acompañamiento, aprendizaje y contención, donde se comparten experiencias, se gestionan recursos y se construye poder colectivo. Como dijo otra de las entrevistadas: “la soledad es muy dura para las mujeres rurales y el grupo es como una segunda familia”.

Estos espacios también generan oportunidades concretas, como acceder a proyectos, capacitarse, participar en ferias o articulaciones institucionales. Pero, sobre todo, permiten mirarse a sí mismas desde otro lugar. Varias mujeres relatan cómo, gracias a su participación en grupos, comenzaron a hablar en público, a defender sus ideas en reuniones, a sentirse escuchadas. “Empezaron a escucharnos y eso antes no pasaba”, sintetiza una de ellas.

La pertenencia a una red de mujeres les ha fortalecido significativamente en la dimensión productiva o técnica. También ha ayudado a redefinir la relación de las mujeres consigo mismas, con sus familias y con la comunidad. En muchos casos, la participación en estos espacios ha sido una vía para disputar lugares tradicionalmente masculinos dentro del predio, o para cambiar las dinámicas de decisión en el hogar. Hay quienes comenzaron como “las que acompañaban” a sus parejas a las reuniones y hoy lideran procesos colectivos o gestionan proyectos productivos propios.

Al mismo tiempo, las mujeres reconocen que sostener esta participación no es sencillo. Las distancias, la falta de transporte, las tareas de cuidado y la carga de trabajo diaria limitan la posibilidad de estar presentes en todos los espacios. Algunas expresan que “no van tanto como quisieran” o que “participan como pueden” y aun así, no dejan de sentirse parte. La pertenencia no se mide sólo en presencia física, sino en el lazo que se construye con otras mujeres, en la confianza tejida en esos espacios compartidos.

En un contexto donde el aislamiento geográfico y simbólico es parte estructural de la vida rural, las redes de mujeres operan como refugios afectivos, pero también como plataformas de transformación. En ellas se gestan alianzas, aprendizajes, fuerza colectiva. Son espacios donde se ensayan formas más justas de vivir, producir y cuidarse y donde las mujeres rurales dejan de ser “invisibles” para volverse actoras visibles, activas y organizadas.

g. Lo que permanece: pertenencia, migración y deseo de quedarse

Uno de los temas que atraviesa en forma silenciosa pero persistente los relatos de las mujeres entrevistadas es la tensión entre el deseo de permanecer en el medio rural y las condiciones que lo dificultan. El arraigo, el vínculo con la tierra, el sentido de pertenencia al lugar, aparecen como dimensiones profundamente valoradas. La mayoría de las mujeres expresa que no cambiaría el campo por la ciudad, que allí se sienten libres, conectadas con la naturaleza, seguras para criar a sus hijos e hijas. “A pesar de todo, este es mi lugar”, resume una entrevistada, condensando una mezcla de afecto, decisión y resistencia cotidiana.

Sin embargo, ese deseo de quedarse convive con una realidad dura: la migración constante de las nuevas generaciones. Todas las entrevistadas coinciden en que, sin oportunidades laborales sostenidas, sin acceso a educación, servicios de salud y conectividad, los y las jóvenes optan por radicarse en las ciudades, dejando en riesgo la continuidad de las producciones familiares. Este éxodo ha vaciado los campos, pero también fragmenta los vínculos familiares, interrumpe saberes intergeneracionales y debilita el tejido comunitario.

Algunas mujeres expresan con fuerza su anhelo de que sus hijos e hijas puedan volver al campo o al menos no tener que irse por falta de opciones. “Nuestros hijos se van porque no hay futuro acá para ellos; si no cambiamos eso, nos vamos a quedar solas y con el campo vacío”, lamenta una de las entrevistadas. Para revertir esta tendencia, plantean con claridad que se necesitan políticas públicas integrales: acceso a tierra, crédito, formación técnica adaptada, servicios de cuidado, conectividad, condiciones de vida dignas.

En este sentido, las mujeres no reclaman sólo en nombre propio, sino también por las generaciones que siguen. Sostener la vida en el campo no es para ellas una cuestión económica, es defender una forma de vivir, de vincularse, de habitar el territorio. Su permanencia no responde a una resignación, sino a una apuesta por construir un medio rural más justo, equitativo y sustentable. Pero para que ese deseo de quedarse sea viable, no puede recaer tan sólo en esfuerzos individuales o familiares. Requiere reconocimiento, redistribución y presencia sostenida del Estado.

Así, el deseo de permanecer se vuelve también un horizonte colectivo. Una decisión política que interpela a las políticas de desarrollo, al diseño de las instituciones y al modo en que se piensa la ruralidad. En las palabras, los silencios y las acciones cotidianas de estas mujeres, lo que permanece es mucho más que una identidad rural, es una voluntad de futuro.

5. Cierre y discusión: permanencias que interpelan

Los hallazgos de este trabajo permiten afirmar que las experiencias de las mujeres rurales en el departamento de Artigas —una de las zonas del país con los peores indicadores socioeconómicos y de calidad de vida— expresan con claridad las tensiones entre desigualdad estructural, sostenibilidad de la vida y disputas cotidianas por la permanencia en el campo. Lejos de constituir una realidad estática, los relatos recogidos muestran que las mujeres habitan un territorio profundamente desigual, al que procuran transformar a través de su trabajo productivo, sus redes de cuidado y sus formas de organización.

Desde una perspectiva feminista y territorial del desarrollo, estos testimonios permiten dialogar de forma directa con los aportes teóricos que han analizado la división sexual del trabajo, la feminización de la pobreza y la economía del cuidado como estructuras persistentes en los espacios rurales (Carrasco, 2003; Vitelli, 2003; Chiappe, 2005, 2006, 2008; Esquivel, 2011, Florit, 2024). Las mujeres entrevistadas trabajan más, cuidan más y sostienen más, pero siguen teniendo menos acceso a tierra, ingresos, tiempo propio y poder de decisión. Tal como advierte Seguino (2000), la mayor incorporación laboral de las mujeres en contextos marcados por la desigualdad de género no garantiza mayor equidad, sino que puede profundizar la segmentación y la precariedad si no se transforman las estructuras subyacentes.

En este sentido, la carga de cuidados aparece como un eje organizador de la desigualdad, tal como han argumentado Pérez Orozco (2014) y Carrasco (2003). La falta de servicios, el aislamiento geográfico y la naturalización de los roles de género hacen que las mujeres rurales asuman múltiples responsabilidades de manera simultánea e ininterrumpida, en una cotidianeidad marcada por la tensión entre el trabajo productivo, reproductivo y comunitario. La sostenibilidad de las unidades productivas y de la vida en el campo descansa en gran medida sobre estas mujeres, sin que su aporte sea suficientemente reconocido ni redistribuido por las políticas públicas.

Al mismo tiempo, los testimonios muestran que estas mujeres enfrentan un sistema inequitativo, en el que son actrices estratégicas para su transformación. La participación en grupos de mujeres, redes organizativas y espacios comunitarios ha fortalecido la autonomía, el liderazgo y la visibilidad de muchas de ellas, incluso en contextos adversos. Como han analizado autores como Chiappe (2006) y Maubrigades et al. (2024), estos espacios permiten disputar sentidos, gestionar recursos y construir poder colectivo desde la experiencia situada.

El deseo de permanecer en el campo, reiterado en casi todas las entrevistas, no es una expresión romántica ni conservadora, es una afirmación política frente al modelo de desarrollo que favorece su marginación. Las mujeres rurales de Artigas quieren quedarse, pero no a cualquier precio, demandan tierra, crédito, cuidados, conectividad, salud, educación, caminos transitables y políticas públicas que las reconozcan como sujetas de derecho y no como excepción.

Por último, este trabajo aporta evidencia empírica que refuerza lo señalado por Claudia Goldin (2006), la persistencia de las brechas de género no puede explicarse sólo por la falta de acceso a recursos, sino también por la rigidez de las estructuras sociales, familiares y culturales que siguen penalizando la autonomía femenina. Transformar esa realidad requiere políticas integrales, sensibles al territorio, con perspectiva de género y sostenidas en el tiempo.

Las mujeres rurales de Artigas están sosteniendo el campo, están construyendo otras formas posibles de habitarlo y están tratando de hacer oír su voz. Escucharlas, reconocerlas y acompañarlas en esa tarea es una condición imprescindible para pensar un desarrollo rural verdaderamente democrático, equitativo y sostenible.

6. Bibliografía

- Benería, L., Berik, G., & Floro, M. (2016). *Gender, development and globalization: Economics as if all people mattered*. Routledge.
- Camors, V. (2023) *El hacer cotidiano de las políticas de tierras Sobre los (des) encuentros entre las burocracias estatales y las mujeres rurales en Uruguay*. Tesis Doctoral. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar. Montevideo, Uruguay.
- Carrasco, C. (2003). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? *Utopías, nuestra bandera, Revista de debate político*, 195, 151-173.
- Chiappe, M. (2005). La situación de las mujeres rurales en la agricultura familiar de cinco países de América Latina. *Informe de la Asociación Latinoamericana de Organizaciones de Promoción*. Montevideo, Uruguay.
- Chiappe, M. (2006). Un camino colectivo de mujeres rurales hacia el desarrollo: la Asociación de Mujeres Rurales del Uruguay (AMRU). *Agricultura, sociedad y desarrollo*, 3(1), 57-75.
- Chiappe, M. (2008) El enfoque de género y la situación de las mujeres rurales. En: Chiappe M, Carámbula M, Fernández E [Eds.]. *El campo uruguayo: una mirada desde la Sociología Rural*. Montevideo: Facultad de Agronomía. Universidad de la República.
- Chiappe, M. (2020). *Género, ruralidad y políticas públicas: transformaciones y persistencias*. Montevideo: Universidad de la República.
- Deere, C. D., & León, M. (2001). *Empowering women: Land and property rights in Latin America*. University of Pittsburgh Press.
- Esquivel, V. (2011). La economía del cuidado en América Latina. *Panamá: PNUD*.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario: Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños.
- Florit, P. (2024). Mujeres rurales en el agro de Uruguay. *Cangué*, (46), 69-72.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de sueños.
- Giarracca, N. (2004). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Colección Grupos de Trabajo de CLACSO. Grupo de trabajo, Desarrollo Rural.
- Goldin, C. (1990). *Understanding the gender gap: An economic history of American women* (No. gold90-1). National Bureau of Economic Research.
- Goldin, C. (2006). The quiet revolution that transformed women's employment, education, and family. *American Economic Review*, 96(2), 1–21.

- Linardelli, M. (2020). Migraciones de mujeres en el agro de América Latina y Argentina. *RevIISE-Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 16(16), 51-67.
- Mascheroni, P. (2021). Ruralidad, cuidados y políticas públicas. Reflexiones a partir del caso de Uruguay. *Revista de Ciencias Sociales*, 34(49), 35-62.
- Maubrigades, S; Fernández, M.; Ríos, V. y Parard, E. (2024) Asociativismo en el medio rural: estrategias de autonomía y participación de las mujeres rurales. Ponencia presentada en el VIII Congreso Lationamericano de Historia Económica, Montevideo.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- Pérez Orozco, A. (2015). La sostenibilidad de la vida en el centro. ¿y eso que significa? In *La ecología del trabajo: el trabajo que sostiene la vida* (pp. 71-100). Bomarzo.
- Pini, B., Brandth, B., & Little, J. (2014). *Feminisms and ruralities*. Lexington Books.
- Seguino, S. (2000). Gender inequality and economic growth: A cross-country analysis. *World Development*, 28(7), 1211–1230.
- Teubal, M. (2001). Globalización y nuevas ruralidades en América Latina. En ¿Una nueva ruralidad en América Latina? Buenos Aires: CLACSO.
- Vitelli, R. (2003). “La situación de las mujeres rurales en Uruguay”. Montevideo, Uruguay. FAO